

JOSEFINA SORIA: UNA APROXIMACIÓN POÉTICA A LAS LEYENDAS DEL CAMPO DE CARTAGENA

Natalia Carbajosa Palmero

Universidad Politécnica de Cartagena

El sequero se extendía angustioso; el verano había sido
una olla expuesta al fuego que engendrara más sed todavía...
(«Sequía», *Campo de Cartagena: Leyendas y tradiciones*)

Obstinada en mi duelo
mi voz desde el sequero te reclama.
(«Sed», *Regreso al infinito*)

Resumen: Josefina Soria (Albacete, 1920-Murcia, 2010), es conocida sobre todo como poeta y como divulgadora cultural a través de las tertulias literarias de mujeres que coordinó durante años en Cartagena. Sin embargo, su curiosidad infatigable le llevó también a explorar y compartir los mitos y leyendas asociados a la comarca de Cartagena y a recrearlos en una colección de relatos con el título *Campo de Cartagena: Leyendas y tradiciones* en 1995. Este artículo analiza la relación de dichos relatos con el conjunto de la obra de la autora, a la vez que defiende la preponderancia de la «imaginación poética» de estos sobre su valor, evidente también, como aportación historiográfica a la cultura local.

Palabras clave: leyenda, imaginación poética, cultura local.

Abstract: Josefina Soria (Albacete, 1920-Murcia, 2010), is known mainly as a poet and as a cultural disseminator by means of the women's literary gatherings that she coordinated throughout the years in Cartagena. However, her endless curiosity led her to explore and share the myths and legends related with the domains of Cartagena, and to render them anew in a 1995 collection entitled *Campo de Cartagena: Leyendas y tradiciones*. This article analyzes the connections of this collection of stories with the wider context of the author's oeuvre, at the same time that it asserts the prevalence of their «poetic imagination» over their value, equally proved, as historiographical contribution to local culture.

Keywords: legend, poetic imagination, local culture.

***Campo de Cartagena: Leyendas y tradiciones*, de Josefina Soria. Características de los relatos.**

Josefina Soria fue, como sabemos, una escritora polifacética, además de directora de talleres de lectura de mujeres en el ámbito literario cartagenero (Figura 1). Figura literaria relevante, pues, durante el último cuarto del siglo XX en la Región de Murcia, la inquietud investigadora de Josefina Soria la llevó a encontrar, en las fuentes del Archivo Municipal de Cartagena, la materia prima necesaria para la recopilación de su propia versión de leyendas y anécdotas basadas en la historia local de la ciudad en la que transcurrieron bastantes años de su vida adulta. El archivero municipal Cayetano Tornell Cobacho, que participó en las animadas tertulias de mujeres que ella coordinaba, da fe del interés con el que Josefina Soria supo recopilar, a la vez que

transmitir, este importante acervo histórico, precisamente a raíz de la expectación que el asunto suscitaba en dichas tertulias y talleres:

Fue allí [en la tertulia] donde pude ver de lo que era capaz una persona con entusiasmo y convicciones. Las mujeres habían trabajado tan profundamente en nuestra obra, que algunas de las preguntas que formularon nos pusieron en un brete (del Prólogo a *Campo de Cartagena: Leyendas y tradiciones*, 1995, p. 7).



Figura 1. Homenaje a Josefina Soria. CD editado por el Archivo Municipal de Cartagena en 2016.

Así pues, con el título *Campo de Cartagena: Leyendas y tradiciones*, (Figura 2) publicado por Ediciones Libertarias en 1995, y fiel a su afán literario e investigador, una autora con una obra madura ya a sus espaldas se sumaba a la nómina de cronistas que, en la línea de Federico Casal sobre cuyas *Leyendas, tradiciones y hechos históricos de Cartagena* (2004) afirma Alberto Colao (1971) que «nos ofrecen la estampa viva del cotidiano vivir ciudadano» (p. 11) en tiempos pasados, han buceado en una tradición siempre cercana a los propios avatares de Hispania/España, tanto en época romana como a partir del florecimiento vivido por la ciudad y su comarca entre los



Figura 2. Portada del libro *Leyendas del Campo de Cartagena*.

siglos XVI al XVIII¹. La personalísima aproximación de Josefina Soria a la historia de Cartagena, cuyas características se irán abordando a lo largo de las siguientes páginas, puede interpretarse al menos desde tres puntos de vista iniciales: su tratamiento de los hechos objetivos, la descripción del paisaje y de sus hitos reconocibles, y la ambientación en torno a escenarios cotidianos y expresiones del habla popular.

Desde el primero de estos puntos, podemos afirmar que los relatos de Josefina Soria se encuadran en episodios perfectamente datados en la historiografía local, tales como las ordenanzas reales en cuanto a la ocupación y explotación de terrenos, las invasiones berberiscas tan frecuentes en época cervantina, la venta de esclavos o la creación del Marquesado de los Vélez asociada al señorío de Cartagena, en una singular recreación mítico-mágica de los hechos acaecidos en torno a este último episodio². Una de las más hermosas composiciones de la colección, titulada *Lo Riquelme*, constituye una verdadera poetización, encarnada en personajes que se nos antojan de carne y hueso, de los hechos que normalmente encontramos en los libros de historia, como da fe el siguiente extracto del *Manual de Historia de Cartagena*, redactado por investigadores de la Universidad de Murcia y publicado en 1996:

Las incursiones corsarias, a veces de gran envergadura, y la amenaza permanente, que de hecho se cumplió en una ocasión, del ataque de una flota enemiga, constituyeron otro importante factor limitador para el desarrollo de Cartagena hasta mediados del siglo XVII [...], impidiendo o dificultando el establecimiento de población, y aun de cultivos, en las proximidades del litoral. Incluso el ganado se procuraba que no se acercase a la costa (Grandal López, citado en Martínez Andreu et al., 1996, pp. 166).

El peligro real de esta terrible circunstancia, encarnado en el relato *Campo de Cartagena* (Soria, 1995) por el joven Higinio y su inseparable cabra Neila, está narrado con el rigor imaginativo de la ficción y su correspondiente dosis de suspense, sin apartarse por ello de la fuente histórica que lo propicia:

Volvieron a escucharse voces, esta vez sin ninguna clase de precaución, ajenas a cualquier temor: Gritos airados, imprecaciones y risotadas movían el campamento. Higinio pensó por vez primera que quizá hubieran hecho cautivos, y un sentimiento de desesperación y miedo le atenazó la garganta. Si no hubiera estado escondido allí dentro, habría visto la hoguera encendida a orillas del mar, señal de marcha para los corsarios. Sin embargo, sí le deslumbró el resplandor del fuego que de pronto empezó a brotar de todas partes, y comprendió que esos bárbaros no serían sin arrasarlo antes lo que dejaban (p. 41).

1 Véanse *Leyendas, tradiciones y viejas historias de Cartagena*, con prólogo de Isidoro Valverde (primer título de la Colección Armarjal fundada a finales de la década de 1960 y reeditado por la Editorial Áglaya en 2004); y *Estampas de Cartagena en el siglo XVIII*, con prólogo de Alberto Colao (Athenas Ediciones, 1971).

2 Véanse, entre otros: Eduardo Cañabate Navarro, *Historia de Cartagena desde su fundación a la monarquía de Alfonso XIII* (1971); Miguel Martínez Andreu et al., *Manual de historia de Cartagena* (1996).

A medio camino entre la crónica histórica de Alfonso Grandal López y la imaginativa de Josefina Soria, se situaría la de Federico Casal en el relato «Combate y cautiverio» de su obra *Estampas de Cartagena en el siglo XVIII*, en el que la recreación de un hecho concreto, en efecto, se ficcionaliza, pero sin llegar a la subjetividad de los personajes anónimos creados por la pluma de Josefina Soria:

Una plaga de embarcaciones piratas bloqueaba constantemente toda la costa comprendida desde San Juan de los Terreros hasta la Torre de la Encañizada. Los Navíos del Rey, y los armados en corso por particulares, salían a batirlos todos los días, aunque inútilmente, pues en cuanto los enemigos los veían asomar por la boca de nuestro puerto, viraban en redondo y a impulso de velas y remos desaparecían en el horizonte (Casal, 1971, p. 45).

Más allá de los acontecimientos narrados, desde el ámbito del paisaje o la descripción literaria del territorio, podemos constatar que afloran en la recopilación de Josefina Soria lugares reconocibles hoy en día (el Campo de Cartagena, el monte San Julián, el puerto), junto a otros de precaria existencia (el Monasterio de San Ginés, el Mar Menor), e incluso algunos de los que se conservan ciertos vestigios (la cripta de la antigua ermita de San José, hoy integrada en el yacimiento de la Muralla Púnica) o nada más que el nombre (el antiguo barrio de la Morería, en la actualidad completamente demolido). Las descripciones de lugares son, en las páginas de la autora, sobrias y exactas, siempre pertinentes al desarrollo de la acción, y por lo tanto nunca incluidas por el mero fin de embellecer unos relatos, de por sí, escuetos y focalizados en una única acción y en sus actores principales:

La ermita, enclavada en lo más alto del monte, parecía levantarse allí para marcar los límites entre la ciudad y los extramuros. Desde ella se dominaba, por una parte, la superficie azul de la abrigada bahía y el ajeteo incesante del muelle; de otra, la extensión inquietante del almarjal, cuyas aguas, profundas en algún punto, hacían de la antigua colonia cartaginesa una auténtica isla (Soria, p. 29).

En cuanto a la ambientación y el sabor propio de cada una de las piezas, se completa sin duda con un uso esmerado de términos que, sin llegar a un costumbrismo exagerado, confieren a las leyendas su verosimilitud en el tiempo: palabras como «gozque», «obenque» y otras para las que existen glosarios específicamente compilados del habla cartagenera³. Destaca en este sentido la desenvoltura y desparpajo del deje popular, sobre todo en los diálogos ágiles y breves, por ejemplo, entre marido y mujer: «¡Jesús María!, ¿qué estás diciendo?»; «Ea, mujer, el bando es para todos. Por igual nos perjudica», correspondiente al primer relato y que lleva por título *El gozque*.

³ Muchos de estos términos aparecen recogidos en el *Léxico curioso de la lengua del Campo de Cartagena*, de María Teresa Cegarra Madrid (2003) y *El diccionario Icue: Habla, tradiciones y costumbres cartageneras*, de Ángel Serrano Botella (1997).

Por otra parte, habiendo desarrollado prácticamente toda su vida profesional en Cartagena y al servicio de la cultura, (Figura 3) no es de extrañar que Josefina Soria se contagiara de los usos de una ciudad que lleva casi en cada alma a un historiador en potencia, tanto desde el punto de vista del estudio (monografías, novelas históricas, revistas, ensayos de historia militar) como desde las festividades populares de *Carthaginenses y Romanos*, cuyos organizadores intentan reproducir rigurosamente



Figura 3. *Guitarra*. Homenaje de Isidro Ferrer (Premio Nacional de Diseño y Premio Nacional de Ilustración) a Josefina Soria, su madrina de bautismo.

vestimentas y episodios célebres de la Segunda Guerra Púnica. Un «contagio» que la autora se apresuró a extender entre sus alumnas de las tertulias, puesto que ella misma no concebía ese territorio íntimo de la escritura sin su correspondiente complemento social, esto es, la posibilidad de compartirlo ahí donde la avidez por conocer era evidente, y sobre el que las palabras de Cayetano Tornell ya nos habían puesto sobre aviso. En palabras de la poeta Dionisia García en relación a esta labor divulgativa de Josefina Soria, «gracias a sus tertulias, a su solidaridad en lo literario, muchas mujeres aprendieron a opinar, a crecer» (*La Opinión de Murcia*, 2007). La semilla que ella sembró, por otra parte, sigue fértil décadas después.

En efecto, mucho antes de que el feminismo de principios del presente siglo cobrara auge, y siempre desde la cultura «de base», igualmente tan específica del ámbito de influencia de Cartagena (asociaciones culturales en barriadas y diputaciones, talleres, etc.), ya Josefina Soria andaba ocupada en estas tareas, valiéndose para ello, entre otras muchas referencias, del folclore local del que se nutre la colección referida. Más aún: en otras colecciones de relatos de la misma autora, no específicamente relacionados con el acervo popular, afloran escenarios y dilemas similares (Figura 4). Destaca, en particular, uno publicado apenas dos años después, titulado *El proverbio* (Soria, 1997, pp. 93-107), en el que se desafía sin ambages la violencia arbitraria de la «sabiduría» popular puesta al servicio del maltrato femenino. Desde un contraste feroz entre idealismo y realismo, no lejano por cierto a su tratamiento en algunos cuentos de Emilia Pardo Bazán, entre otras ilustres antecesoras, Josefina Soria cuestiona en este episodio esa raíz pseudo-mítica, tradicional, del dominio masculino, dicho sea a modo de breve digresión.



Figura 4. Con la escritora gallega Concha do Campo, en su casa de Campoamor.

Las leyendas y su base ficcional: la imaginación poética

Como se ha podido comprobar con la contraposición de los relatos de Josefina Soria y Federico Casal, si en algo difiere la aportación de la primera, con sus *Leyendas y Tradiciones*, del planteamiento histórico-ficcional de la de quienes le precedieron (y este es, a mi entender, su principal mérito), es en la mirada poética que la autora proyecta sobre unos hechos y unos personajes en parte consignados en los manuales de historia, y en parte transmitidos oralmente de generación en generación. Me atrevería a decir que, en la obra de Josefina Soria, del tipo que sea y aunque, como es el caso, naciera con un objetivo didáctico relacionado con sus talleres de lectura para mujeres, todo acaba siendo conducido del lado de la imaginación poética y moldeado por esta, por su capacidad de síntesis artística, distinta en su acercamiento al conocimiento de la aproximación histórica o filosófica a la realidad. Tal afirmación, obviamente, exige ser probada, como me propongo hacer a continuación.

En las *Leyendas y tradiciones* (Soria, 1995) se cuelan personajes históricos, siendo quizá el más llamativo Don Pedro Fajardo y Chacón; habiendo perdido el mando sobre Cartagena, este apasionado noble recibe en compensación «el escarpado y bellissimo reducto de Vélez-Blanco para levantar allí su propio castillo». En el relato que preside, sin embargo, la mera comprobación histórica va dando paso a lo fantástico-maravilloso de la mano de su hija, María (que además da título al relato), y su singular aventura en torno a un tapiz, un castillo y una puerta abierta. Algunos fragmentos de esta pieza adquieren así un lirismo que va más allá de la historia misma, envuelta en la bruma de los romances y su lejano decir, así como en su invariable aire de misterio que así ha de permanecer, sin llegar a resolverse:

Cuentan que el aire se llenó esa noche de una fragancia exquisita, y cierto es que a partir de entonces comenzó a florecer el espliego en los bosques andaluces

que el Marqués de los Vélez había llamado con el nombre de su hija. No lo dice la historia, e ignoramos, por lo tanto, qué ocurrió después del encuentro, pero María sigue viva en la Villa de su nombre, a poco más de una legua del castillo que su padre mandó edificar en Vélez-Blanco. La lama el viento cuando juega entre los pinos y los lentiscos, se escucha en el rumor de las fuentes de agua clarísima y dulce, se paladea en la miel de abeja de sus colmenas (p. 69).

En otros episodios, son los personajes anónimos del pueblo los que protagonizan anécdotas en las que están presentes las faenas del campo, la relación del hombre sencillo con los animales (una cabra, una cerda, un perro) y la inquietud por la supervivencia en tiempos convulsos (ya sea por la permanente sequía, la pobreza, o por la amenaza constante de una invasión pirata). La impresión de conjunto es la de una galería variopinta de tipos y situaciones marcadas con la impronta de un paisaje duro y bello, y de los hechos asociados al mismo.

La cuestión es que, con una economía de medios casi propia de la escena dramática, Josefina Soria elude la distancia de los siglos transcurridos entre el tiempo del relato y el tiempo del lector, propiciando un espacio cronológico impreciso y, a menudo, intemporal; introduce a los personajes sin grandes prolegómenos, volviéndolos inconfundibles con unas simples pinceladas y abriendo paso a su propia expresión, a la vez que anticipa con idéntica premura los ejes de la acción; así consigue, con diálogos ágiles, dejar que los primeros discurren y resuelvan solos sus propios dilemas, haciéndose a un lado como narradora, sin estorbar la naturalidad y la fluidez de cada capítulo:

El cachorrillo era como un menudo ovillo de lana peluda que tuviera la facultad de rebullirse. El hombre lo llevó directamente a donde su mujer preparaba la comida y se lo acercó al rostro.

—Mírale qué suave, Carmela. Este y el que nos viene de camino crecerán juntos.

La mujer contestó con perentorio gesto malhumorado:

—El perrillo fuera, Juan. No lo quiero en la casa (p. 13).

Así comienza el primer relato de la colección, *El gozque*, en el que un poco más adelante leemos el motivo de inquietud de los protagonistas: «Una ordenanza del Corregidor prohibiendo que "ninguna persona cace ni haga leña o carbón en el Rincón de San Ginés, La Manga y las Islas del Mar Menor"» (Soria, 1995). Esto, que en otras colecciones de leyendas se reelabora lo justo para dejar de ser mera crónica y acercarse tenuemente a la ficción, en las páginas de Josefina Soria se desprende por completo de su cualidad de fuente bibliográfica para pasar a ser materia misma de la narración, entremezclada con el resto de los elementos.

Se podría argumentar que eso mismo es lo que consigue, tan en boga últimamente, la novela histórica. Pero si el relato, por su brevedad, guarda en cierto sentido mayor semejanza con la poesía, dicha semejanza se acentúa cuando lo que cuenta va

enmarcado en el término «leyenda». En este caso, la mezcla de elementos en juego (la naturaleza oral del folclore del que procede; la ubicación físicamente real y al mismo tiempo remota, «legendaria», por ejemplo, en el capítulo titulado *Sequía*; la combinación de personajes anónimos e históricos; el humor; la intervención de lo sobrenatural o lo inesperado), requieren un tono que es antes sugerir que narrar, evocar que mostrar. Un tono inequívocamente poético que, aunque también incluya personajes partícipes de la Historia con mayúsculas, se fija fundamentalmente en esos seres anónimos que Unamuno definió como pertenecientes a la «intrahistoria» de cualquier momento, y en cualquier lugar, en la vida de los hombres.

Nada de esto anula la labor previa de investigación, esto es, la adaptación de lo que ya pertenecía al acervo popular y que los archivos municipales no hacen sino corroborar. Pero ese tono que armoniza todo lo enumerado dentro del conjunto lo proporciona, sin duda, una aproximación imaginativa, esto es creadora, a dicho acervo; o que, más bien, permanece fiel a la misma raíz (poética) de su creación primigenia: de cuando los conceptos de tiempo y lugar, en la memoria colectiva, eran inseparables de la imaginación, como me propongo abordar brevemente a continuación (Figura 5).



Figura 5. Homenaje a Josefina Soria en el Museo Ramón Gaya de Murcia. Día de la Poesía. 17 marzo 2016.

La raíz mítico-costumbrista de las leyendas: entre lo trascendente y lo cotidiano

A partir de la aproximación imaginativa al legado histórico anteriormente mencionada, procede ahora detenerse en las dos citas que encabezan el presente artículo: la primera tomada de uno de los relatos del libro de Josefina Soria que estamos analizando, la segunda de un poemario de la misma autora, *Regreso al infinito*, publicado en 2007. En ambas, términos como «sequero» o «sed» se refieren a una realidad concreta (la típica sequía veraniega y desoladora del Sureste peninsular), a la vez que amplían, desde la connotación, su capacidad de resonancia. Sin necesidad de explicarlo con más detalle, dejan flotando entre líneas la percepción de una carencia existencial, de ese anhelo de lluvia/agua entendido como carencia puramente humana, y no solo referida a las necesidades del campo.

Lo mismo sucede con algunos personajes de las leyendas que, sin dejar de ser reconocibles por su aspecto, expresión y pensamiento (Higinio, el niño que va distraídamente a por agua con su cabra en el relato titulado *Lo Riquelme*), por momentos, y sin perder esa condición que les caracteriza, se transfiguran en símbolos de una supervivencia, entre casual e instintiva, que interpela al género humano en su totalidad:

Escuchó el canto de los grillos con verdadero deleite, con tanto cariño como nunca lo hiciera, pues era prueba inequívoca de que nadie ajeno se acercaba. Luego, abrazado a Nelia, descabezó un sueño del que despertó sobresaltado, para quedar despabilado durante horas, hasta caer finalmente agotado cuando ya clareaba el día (Soria, 1995, p. 42).

Son estos personajes, en su cotidianeidad transfigurada, los que hacen aflorar el arquetipo que es propio de la leyenda, de su naturaleza universal y extrapolable a cualquier relato de las mismas características en cualquier cultura, por encima del estereotipo inmóvil en el que quedarían reclusos si no se hubiera posado sobre ellos la mirada poética. Josefina Soria recorre así el camino de vuelta entre lo local y lo universal, el *mito* y el *logos*; esto es, la confluencia entre historia y leyenda, por un lado, y la realidad cotidiana, de la que todos participamos, por otro. La primera influye indefectiblemente en la segunda trascendiéndola, y el escritor se convierte en el nexo entre ambas en virtud de su escritura (y, en el caso de nuestra autora, de su voluntad de transmisión, también oral, en sus talleres y tertulias). Como afirma el investigador Rafael Vidal Jiménez (2012):

La faceta mítico-narrativo imaginaria de nuestra existencia no se despliega solo en la puntual elaboración del relato de ficción o del relato historiográfico, sino en ese irse contándose cotidianamente desde el que vamos poniendo, esfuerzo tras esfuerzo, orden y continuidad en nuestras vidas (p. 725).

En el caso de Josefina Soria, es evidente que su condición inicial de poeta, como se explicará en la siguiente sección, le impele a proyectar sobre la construcción de sus leyendas, es decir, sobre la recreación que en estas se hace de hechos históricos o pseudo-históricos, ese elemento mítico y arquetípico que nace de la mera imaginación, antes que de una constatación objetiva de unos hechos más o menos ficcionalizados.

Relaciones entre los relatos legendarios y la obra poética de Josefina Soria

Cuando Josefina Soria publica su selección de leyendas, ya posee una dilatada carrera como poeta y divulgadora, con incursiones además en el ensayo y el teatro. En la base de su poesía descansa el mismo espíritu que hemos constatado en los relatos: «Siempre he buscado la raíz de las cosas» (*La Opinión de Murcia*, 2003), afirma la autora en varias entrevistas. En sus poemas, pues, no es raro

encontrar idéntica confluencia de subjetividad (la voz poética) y un espacio externo reconocible, la tierra que dicha voz pisa y que la ancla a lo cotidiano, siempre desde una confianza en sí misma irrefragable (de ahí el título impagable, por ejemplo, del libro *Es mi fiesta y lloraré si quiero*, de 2012). De igual modo, la poeta es capaz de reconstruir mitos lejanos deslumbrantes a partir del verso, como sucede en el libro *Regresa el dios del viento*, publicado en 2000.

Pero son, a mi entender, las continuas manifestaciones a favor de la alegría («Defiendo la alegría, / la precaria, amenazada, / difícil alegría», escribía Carmen Marín Gaité), las que mejor relacionan los personajes femeninos de sus leyendas y el resto de sus colecciones de cuentos, resueltos y positivos, con esa voz poética que se resiste a ser derrotada por los embates de la vida. Véanse, como muestra, unos versos del poema oportunamente titulado «Rebeldía», del libro *Alza la voz* (Soria, 1984):

*Alguna vez un himno me despierta
entre el sueño y la vida, sumergiéndome
en esta obstinación de la alegría.
Y me llena la vida una sonrisa
un verso, un libro, una promesa. Nada.* (pp. 13-14).

La expresión «obstinación de la alegría» no es, conociendo la biografía de Josefina Soria, un mero acierto retórico. Como tantos escritores, pero así reconocido expresamente por ella en prácticamente todas sus entrevistas, la autora llega a la escritura desde el dolor, ese mismo que incapacita para seguir viviendo. El dolor, y algunos referentes femeninos imprescindibles como la amistad que mantuvo a lo largo de los años con Carmen Conde (Figura 6), a la que dedicó el libro *Tu voz reflejada* (1990), están detrás de esa poesía luminosa y de afirmación vital, resuelta y libre, concedora también de la evanescencia de todo («un verso, un libro, una promesa. Nada»). Asimismo, ese espacio intermedio «entre el sueño y la vida», tan deudor del «entre el vivir y el soñar» machadianos, muestra la firme resolución de la poeta



Figura 6. Con Carmen Conde, escritora cartagenera y primera mujer Académica de la Lengua, en su casa de Campoamor.

de moverse con fluidez entre dos extremos vitales: realidad e imaginación, dos orillas que solamente el arte es capaz de hacer confluir. Finalmente, la referencia al «himno» que «despierta» a la voz poética y la «sumerge» en la alegría (memorable el movimiento ascendente del despertar y el descendente del sumergir), con su apelación espiritual (himno), refleja el dinamismo de opuestos (aquí/allí, arriba/abajo, dentro/fuera) en estos versos en los que nada es casual.

En sentido inverso a este que va de la poesía a la obra en prosa, pero poetizada, de Josefina Soria, el material histórico-legendario de sus relatos sobre el Campo de Cartagena reaparece de otra forma en su poesía en el libro *Memoria de amor* (1998). Se retoman aquí los topónimos del paisaje cercano (Portman, Tentegorra), la historia legendaria (Mastia, Karthago, Roma), y los rasgos ya conocidos, tales como la permanente sequía y la dureza del verano. También, por supuesto, resurge el tono popular, magistralmente recreado, entre otras composiciones, en estos versos del «Romance del niño muerto», con términos específicos como «callandico» y «bancal»:

*La muerte se va viniendo
la muerte base acercando.
Sin alardes, callandico
que va su huella ocultando.
La madre que la presente
querría cerrarle el paso
y con el alma crispada
al hijo le ha recatado.
[...]
Mas el niño no es ya el niño.
Es un bancal plateado
donde la muerte segó
todo lo que había sembrado.
Se va en pos de la guadaña.
Sigue en silencio sus pasos.
Los muertos cuando son niños
se van callados, callados (p. 27).*

Y hablando de la muerte, esa que borra precisamente las huellas de quienes tanto han hecho por mantener vivo el recuerdo del saber común, no está de más recordar las palabras de otro poeta de la tierra, Antonio Marín Albalate, con motivo del fallecimiento de Josefina Soria en 2010:

Al igual que la escritora Carmen Conde, fatalidades del destino, Josefina Soria —¡la que tanto queremos!— hace tiempo que dejó de ser ella misma. En esa desmemoria donde la niebla acaba envolviéndolo todo, luchando contra el olvido, nuestra poeta se ha ido para siempre dejándonos, como dijera un día: «Junto a ese hilo roto donde se lamenta la aguja que ya no puede tejer...» (*La Opinión de Murcia*, 2010).

De este modo, también la muerte de Josefina Soria, sin pretenderlo ella, parece formar parte de esa «historia» escrita con tintes poéticos, escrita por ella (Figura 7). Sirva, pues, este pequeño recorrido por su obra a partir de su recopilación de leyendas del Campo de Cartagena para recoger, una vez más, la punta de ese ovillo que un día quedó tendido en la baldosa, con la labor a medio terminar: la labor que va de la poesía a la leyenda, en un incesante recorrido de ida y vuelta, con la imaginación poética como brújula imprescindible.



Figura 7. Con su hija Marisa López Soria, también escritora.

Conclusión

Ciertamente, es de lamentar que el libro de Josefina Soria que ha presidido el presente artículo, *Campo de Cartagena: Leyendas y tradiciones*, sea hoy día imposible de encontrar, y ojalá que editoriales e instituciones locales o regionales tomaran nota para reeditarlo (Figura 8). Entre las leyendas más logradas desde el punto de vista narrativo («El gozque», «La señal», «Lo Riquelme», «María»), aprenderían los escolares más sobre sus tradiciones y su legado etnológico que en los libros de texto, del mismo modo que se aprende más sobre el mundo romano leyendo las *Memorias de Adriano* o *Julio César* que abordando un sesudo manual. No porque Marguerite Yourcenar o William Shakespeare fueran doctores de la historia; sino porque han sido capaces de dotarla de la fuerza de la palabra literaria. Y no porque los hechos contados sin más en esos «sesudos manuales» no puedan ofrecer, por sí mismos, palabra viva; sino porque la literatura convierte la palabra viva en palabra vivificadora. La única, en realidad, que calma esa sed imposible de describir del todo, como bien sabía Josefina Soria (...):

Como solía ocurrir en esta tierra, el agua caía con prisas, con auténtica furia, a turbonadas. Llovía sobre los campos sedientos, y el incendio se ahogaba (...).

Y ay de quien así no lo entienda, como el descreído personaje que protagoniza el relato titulado *Sequía* (Soria, 1995):

Adivina los aljibes lavados, ahítos, repletos del gozo del agua, y corre a los suyos, entra en sus campos, palpa sus tierras sedientas, para comprobar que en ellos no ha caído ni una gota de lluvia (...).

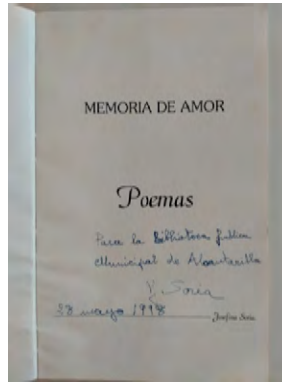


Figura 8. Dedicatoria a la Biblioteca de Alcantarilla del libro de poemas *Memoria de Amor*, en un Encuentro con Autora realizado allí el día 28 de mayo de 1998.

Con este personaje, que no es capaz de dar cabida en su existencia de ficción a la imaginación poética y el misterio que esta entraña, y con el legado literario de Josefina Soria, concluyamos con unos versos que recuerdan la confluencia entre la creación y la divulgación que presidieron la vida de la autora, y que alumbraron, entre otros proyectos felices, la colección de relatos que aquí se ha repasado: «Dispongamos la vida de manera / que todos seamos de todos».

Bibliografía

- Cañabate Navarro, E. (1971). *Historia de Cartagena desde su fundación a la monarquía de Alfonso XIII*. Cartagena: Ayuntamiento de Cartagena.
- Casal, F. (1971). *Estampas de Cartagena en el siglo XVIII*. Cartagena: Athenas Ediciones.
- Casal, F. (2004). *Leyendas, tradiciones y viejas historias de Cartagena*. Cartagena: Áglaya.
- Cegarra Madrid, M. T. (2003). *Léxico curioso de la lengua del Campo de Cartagena*. Cartagena: Áglaya.
- Los poetas rinden tributo a la pasión literaria de Josefina Soria. (9 de mayo de 2007). *La Opinión de Murcia*.
- Marín Albalade, A. (30 de mayo de 2010). Josefina Soria, a la que tanto queremos. *La Opinión de Murcia*.
- Martínez Andreu, et al. (1996). *Manual de Historia de Cartagena*. Murcia: Universidad de Murcia.

- Serrano Botella, A. (1997). *El diccionario Icue: Habla, tradiciones y costumbres*. Murcia: Ediciones Mediterráneo.
- Soria, J. (1990). *Tu voz reflejada*. Murcia: Caja de Ahorros de Murcia.
- Soria, J. (1995). *Campo de Cartagena: Leyendas y tradiciones*. Madrid: Ediciones Libertarias.
- Soria, J. (1997). El proverbio. En *Cuentos de invierno* (pp. 93-107). Murcia: Thader Press.
- Soria, J. (1998). *Memoria de amor: poemas*. Murcia, Cartagena: Ayuntamiento de Cartagena.
- Soria, J. (2000). *Regresa el dios del viento*. Murcia: Nausíacaä.
- Soria, J. (2007). *Regreso al infinito*. Madrid: Huerga y Fierro.
- Soria, J. (2012). *Es mi fiesta y lloraré si quiero*. Cieza, Murcia: La Sierpe y el Laúd.
- Soria, J. y Muñoz-Quirós, J.M. (1984). *Alzad la voz / Razón de Luna*. Madrid: Ateneo de Salamanca.
- Empecé a escribir para salir del pozo de la depresión. (29 de noviembre de 1998). *El Semanario*.
- Siempre he buscado la raíz de las cosas. (25 de noviembre de 2003). *La Opinión de Murcia*.
- Vidal Jiménez, R. (2012). Hacia una complementariedad científico-mitológica. *SIGNA: Revista de la Asociación Española de Semiótica*, (22), pp. 713-731. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/autor?codigo=143855>